

plar el Carmen de Celaya, de saltar en las piedras de los Llanos del Cazadero, de ser robados por el fondista de San Juan del Río y de despeñarnos en Tula, llegamos á México tal día como el 28 de Enero de 1853.



CAPÍTULO IX

La ciudad de los palacios... por hacer

PODRÍA haber dicho que el gozo me reventaba por las cinchas del caballo, si no fuera que no caminaba sino en coche; mi impaciencia era tanta, que no dejaba un punto de sacar la cabeza por la portezuela, como explorando el horizonte. Pero si se exceptúa algunas vacas tísicas que pastaban á la vera del camino, muchos carros y cabalgaduras y grandes columnas de polvo, absolutamente nada percibía.

Á poco entramos en unas callejuelas torcidas con casucas insignificantes, habitadas por viejas sucias, muchachos mugrosos y léperos borrachos. Iba el coche deshaciendo los montones de basura, atascándose en los baches del camino, bordeando las atarjeas, ahuyentando

á los perros que se solazaban en el cadáver de cualquier animal muerto. Avanzó más espacio y me sorprendieron casas más altas que las que estaba acostumbrado á ver en Guadalajara, pero tan tristes, tan faltas de color y de vida, que me asombré de que un cielo tan hermoso abrigara tan mezquino paisaje: estábamos en la ciudad de México.

Cuando con mucho gemido de herraje, caer de valijas, movimiento de curiosos y descenso de pasajeros *apolismados*, llegó el coche á la casa de Diligencias de la calle de Dolores, fuí el primero en bajar y quizás el único en hacerlo con la soltura y gallardía que me consentían mis pocos años. Apenas había puesto los pies en el suelo, cuando sentí que dos brazos me oprimían y que una voz cariñosa, casi infantil, me preguntaba por mi nombre.

Volvíme y miré á un muchacho hasta de diez y ocho años, guapo de rostro, bajo de cuerpo, dulce de mirada, que llamaba á otro no tan mozo, que se hallaba entre el grupo de curiosos.

— Pablo Villaseñor, me dijo, el poeta paisano de usted, me escribe avisándome su presencia aquí y encargándome lo reciba, agasaje y atienda. Para eso vine y para presentarle á mi amigo José María Sánchez, estudiante de Medicina, que nos acompañará en nuestras excursiones.

Juan Díaz Covarrubias, como se llamaba el chico que de manera tan donosa y despejada se me presentaba, se

rehusó á comer conmigo en la mesa del parador; pero á las tres de la tarde ya estaba allí en unión de su inseparable compañero.

— Usted, me dijo Sánchez, necesita un guía en estos dédalos intrincados, y nadie puede servirle para el efecto mejor que Juan y yo. Nosotros lo libraremos desde caer



en manos de las tarascas que se han instalado en esta calle, como para indicar á los payos dónde se ama barato en la capital, hasta para llevarlo á las recepciones del Presidente cuando las haya.

Discutieron mis flamantes amigos el programa de la tarde, que era por cierto la de un domingo, y cuando se hubieron puesto de acuerdo nos encaminamos al *Infiernito*, donde, mediante medio real por barba, nos sirvieron algo

que se parecía á café, juntamente con una copa de aguardiente que arrancaba trozos de garganta.

Los acostumbrados á las cantinas del día, con sus charras elegancias de mármoles y espejos, no se forman idea de cuán comfortable se nos figuraba aquella botillería patriarcal, con sus sillas de asiento de tule, sus mesitas de madera blanca, sus mozos confianzudos y tardones, sus espejos para mirar segmentos de rostro y su concurrencia abigarrada y especial.

En seguida y *pedibus andando* nos encaminamos al Paseo de Bucareli, llamado entonces Nuevo, no sé por qué, pues iba á tener un siglo de establecido.

Hasta la Alameda nada encontramos de particular: las casas estaban cerradas, interrumpido el comercio y todo en suspenso; sólo se veía un cordón de gentes endominadas, que á toda prisa marchaban siguiendo nuestra dirección.

Al pasar el Puente de San Francisco, Juan se inclinó hacia mí, diciéndome:

— No piense que está en el Museo, ni que esos monigotes son las figuras de Huichilobos y algún compañero suyo; esas estatuas que están hechas con trozos de la piedra que tenía en el chirumen el escultor, se han colocado para adorno de este lugar y son las creaciones más espantosas que podía imaginar un enfermo.

En cambio, mire usted el caballo de Tolsa, cómo se

destaca en el azul del cielo, cómo brilla y cómo aparece lleno de nobleza. Bien pagados estuvieron los diez y siete mil pesos que dieron á Hidalgo por trasladarlo desde el patio de la Universidad.

— Pero, ¿no encuentras, preguntó Sánchez, más noble la actitud del embajador Pacheco, que pasea aquí su inmensa insignificancia...? Servidor de usted, señor don Ramón, beso á usted la mano.

— ¿Embajador ante quién? pregunté con curiosidad.

— Embajador de México cerca del emperador de los franceses, dijo Juan.

— ¿Y habrá aprendido ya que hay emperador en Francia? Porque hace unos cuantos días, en un banquete, brindó por la República francesa, y fué menester que lo llamara al orden Levaseur, advirtiéndole que hace más de un año que ha habido por allá mutación de régimen.

— Pero no me negarás que es persona grata á Francia el hombre que estaba empeñado en darle satisfacciones cuando el incidente del barón de Cipry en el baño de las Delicias; satisfacciones que no se recibieron porque no las quiso el Conde Gourmy de Roslan.

— Pues en ese caso, dijo mi tocayo, España debía pedirlo de preferencia; ¡porque mira tú que disponer quedara un fondo de indemnizaciones para futuras reclamaciones de súbditos de Isabel II!...

— ¿Y no escribió este año el testamento de 1852?,

pregunté, al recordar ciertos pesados papasales de don J. Ramón, que eran para nosotros el acabóse de la gracia.

— No; ahora tiene catarro como el zorro de la fábula, y no sabe si poner en las nubes á Santa Anna, á quien cantó ditirambos cuando la inauguración de la casa de moneda, para después ponerlo como Dios puso al perico; si alabar al Presidente, á quien debe el nombramiento, ó entonar las glorias de algún astro incógnito.

Entretanto habíamos llegado al paseo, que se desbordaba de gente: peatones luciendo el vestidillo del día de fiesta; niñas modestas envueltas en la reluciente mantilla; lechuguinos adamados, con talle flexible, pecho saliente merced al auxilio de los algodones, melena á la romántica, anteojos que no aumentaban ni disminuían, y tenue rebocillo cubriéndoles el cuello.

Los coches que se removían en el reducido espacio del paseo, eran muchos y muy lujosos. Ya estaban distantes los tiempos en que no había en toda la ciudad más carruaje extranjero que el de don Francisco Fagoaga: *quitrines, guayines, forlones, bombés*, coches mil lujosísimos iban, venían, se encontraban, se chocaban y volvían á su cáuce, que era el trecho del paseo.

A caballo caminaban muchos jóvenes de las primeras familias; pocos en silla inglesa, la mayoría en la silla vaquera mexicana.

Los modernos llevaban pantalón abotonado de arriba abajo, banda de seda, chaqueta con alamares y sombrero de anchas alas con doble toquilla.

No faltaban, sin embargo, los trajes de chaqueta y calzonera de paño azul ó verde. Aquélla, bordada de plata y oro, no se abotonaba nunca y dejaba ver la camisa de batista bordada y encarrujada con primor, y la corbata anudada con cintillo. Las calzoneras, detenidas por una banda de seda roja con galones, tenían dos hileras de botones de plata. Dejaban ver el calzón de finísimo lino hacia la parte inferior; pero éste lo cubrían unas botas vaqueras bordadas, recamadas y perfiladas como si hubieran sido unas joyas. Completaban el atavío espuelas de acero, sombrero de anchas alas, manga de paño con vueltas de terciopelo bordadas de oro, y fina espada de procedencia toledana.

Los caballos eran de esas preciosas bestias que resultaron de la aclimatación del potro jerezano; llevaban siempre silla de piel de tigre bordada con oro y plata, zarape del Saltillo con labores variopintas sujeto á los tientos, armas de agua y anqueras llenas de cascabeles resonantes.

A poco llegó la segunda entrada, más pintoresca y animada que la primera: frailes con sombrero de teja, chinas con enaguas de castor, militarillos de banquetta encantados con el uniforme, viejas celestinas, acompañadas

de doncellas de agua pasada, vendedores de mil baratijas y golosinas populares, pelados de sombrero de copa baja, ceñidor y pantalón bombacho, curas con traje á lo secular..., la mar!

— Mira, dijo Covarrubias, allá viene Martínez; qué tónico, qué elegante; ese surtú, así como el sac...

— Que todavía le debe á Cussac, interrumpió el otro... Esos tipos, amigo Pérez, esos tipos son los que le han inspirado á nuestro poeta las patibularias historias que nos presenta: jóvenes violadores, mujeres coquetas y sin corazón, viejos verdes llenos de concupiscencia, y todo por el feo delito de ser ricos y no tratar de igual á igual á estos caballeritos de quiero y no puedo, que no tienen relaciones tan estrechas con el mago de la calle de Plateiros, número 15.

— No me negarás, respondió el jalapeño, que la bondad, la abnegación, el cariño y la verdadera amistad, se encuentran sólo entre los pobres. Rico, ser rico, ¿qué vale junto al mérito de tener talento, de saber, de amar, de sentirse poeta?

— ¿Y por qué los ricos, repuso el otro con buen sentido, no han de tener todas esas cosas que dices, y quizás en grado mayor que los pobres, que pueden verse obligados á prescindir de ellas por las necesidades de la vida?

— No, exclamó con vehemencia el vate: en esa clase no hay más que miseria, podredumbre, cieno é infamia.

Mira, en ese carruaje se ostentan flores de hermosura, mujeres bellísimas incapaces de amar...

— Allí duele, Juanito, allí duele; como que tus rencores contra esta maldita sociedad vienen no más que de los desdenes de esa tu Filis ó como la llamas en tus versos. Fíjese usted, amigo Pérez, en ese carruaje. ¿Ve aquella *liona*, de luenga túnica con vueltas á la suiza, de gro tornasol de aguas, *tablier* de á cuatro y guarnición de escarola del mismo color del túnico? ¿La vió usted? Es la que va junto á la de gola á la Pompadour, tunisela de crespón y manga tan corta, que parece que prolonga el pico del corpiño. Pues esa bella es la que trae loco á nuestro Juan; y como ella se viste en casa de Virginia Gourgues, y su padre tiene hacienda y deudos pudientes, á éste le ha venido el enojo contra todos los ricos.

Enrojeció un poco el mozo; pero no pudiendo negar nada, distrajo nuestra atención señalándonos á un oficialito de buen rostro, guantes, rizos, raya partida y corsé.

— Vamos, allí está Santiaguito Moreno que se ha endosado de nuevo el uniforme, pues dicen que viene nombrado ayudante de S. E. el General Santa Anna. Este fué de los polcos de invierno. ¿Usted, tocayote, no sabe quiénes eran estos soldadillos de tres por un cuarto? Se llamaba de invierno á los abrigados, á los vestidos, mientras por pobres se apellidaba de *verano* á los del batallón Hidalgo, que también se decía batallón de ¡Ay, mamá! Este